

en su obra, consiste la dificultad y, para muchas de sus partes, la imposibilidad de encontrar, por medio de la consideración empírica, diferencias rigurosas de clases y de órdenes. En todas partes, la Naturaleza mezcla las líneas divisorias esenciales con productos híbridos y deformes que suministran siempre argumentos contra toda distinción rígida, y también en el interior de los géneros determinados (por ejemplo, del género hombre) produce abortos que, de una parte, es preciso enumerar en aquel determinado género, mientras que, por otra parte, carecen de determinaciones que hubieran de considerarse como caracteres esenciales del género. Para poder juzgar dichos productos como defectuosos, malos abortivos, hay que presuponer un tipo fijo; el cual, sin embargo, no podría ser sacado de la experiencia, puesto que precisamente ésta nos presenta también los mencionados abortos, monstruos, seres híbridos, etcétera; el tipo presupone, por el contrario, la independencia y dignidad de la determinación conceptual.

La Naturaleza es en sí un todo viviente y el movimiento a través de la serie de grados consiste, más precisamente, en el ponerse la idea como lo que ella es en sí, o lo que es lo mismo: la idea de su inmediatez y exterioridad, que es la muerte, vuelve a sí para ser primeramente lo vivo, y luego supera también esta determinación, en la cual es solamente vida y se produce en la existencia del espíritu, que es la verdad y el objeto final de la Naturaleza, y es la verdadera realidad de la idea.

División

La idea como Naturaleza es:

I. En la determinación de la exterioridad y del infinito aislamiento. La unidad de la forma está fuera de ella, y por esto es ideal y solamente en sí, y, por consiguiente, también es algo a que solamente se aspira. En tal determinación, es la materia, y su sistema ideal, es la mecánica.

II. En la determinación de la particularidad, así que la realidad es puesta con determinación inmanente de forma y con la diferencia en ella existente. Es una relación de reflexión, cuyo ser en sí es la individualidad natural. Esta esfera es la física.

III. En la determinación de la subjetividad, en la cual las diferencias reales de la forma son además referidas a la unidad ideal, que se ha encontrado a sí misma y es para sí. Esta tercera esfera es la orgánica.

G.F. Hegel, *Filosofía de la Naturaleza*,
Buenos Aires, Editorial Claridad, 1969.

EL UNIVERSO

H. D. Thoreau

Hasta que estamos perdidos, en otras palabras, hasta que perdemos el mundo, no comenzamos a encontrar a nosotros mismos y a comprender dónde estamos y el alcance infinito de nuestras relaciones.

La Naturaleza no plantea ni contesta ninguna de las preguntas que hacemos nosotros. Hace mucho tiempo tomó su resolución.

El progreso de las edades ha tenido poca influencia en las leyes esenciales de la existencia humana.

Patentismo

A. El hombre siente el espíritu

Veo, huelo, gusto, oigo, siento ese eterno Algo al que estamos unidos y que es al mismo tiempo nuestro hacedor, nuestra morada, nuestro destino y nosotros mismos; la única verdad histórica, el hecho más notable que puede ser el tema preciso y no solicitado de nuestro pensamiento, la verdadera gloria del universo, el único hecho que un ser humano no puede dejar de reconocer ni en cierto modo olvidar, ni del cual puede prescindir.

No debemos rogar por un cielo más alto que el que pueden proporcionarnos los sentidos puros, una vida *puramente* sensual. Nuestros sentidos actuales no son más que los rudimentos de lo que están destinados a ser. Agradecemos que la evidencia interior nos recuerde la permanencia de las leyes universales... Este mundo no es más que un cañamazo que teje nuestra imaginación... pues ciertamente existe una vida de la mente que está por encima de las necesidades del cuerpo y que es independiente de ellas.

Con el pensamiento podemos colocarnos fuera de nosotros mismos en un sano sentido. Mediante un esfuerzo consciente de la mente podemos permanecer apartados de los efectos de sus consecuencias, y todas las cosas, buenas y malas, pasan junto a nosotros como un torrente. No estamos completamente envueltos en la Naturaleza. Puedo ser el tronco que arrastra la corriente o el Indra que lo contempla desde el firmamento. *Puedo* sentirme afectado por una función teatral; por otra parte, *puedo* no sentirme afectado por un verdadero acontecimiento que parece concernirme mucho más. Sólo me conozco a mí mismo como una entidad humana, como la escena, por decirlo así, de los pensamientos y afectos; y me doy cuenta de cierta doblez mediante la cual puedo permanecer tan alejado de mí mismo como de otro. Por intensa que sea mi experiencia, tengo conciencia de la presencia y la crítica de una parte de mí mismo, que, como tal, no es una parte de mí mismo, sino un espectador, que no comparte mi experiencia, sino que toma nota de ella y que no es más yo que tú.

Acabamos pronto con la Naturaleza. Provoca una expectación que no puede satisfacer... Creía que el pájaro cardenal que había visto era el centinela extremo del campo selvático, inmortal... que los bosques más espesos abundaban, no obstante, en cardenales; pero ahora que he recorrido todos nuestros bosques y he vareado los pantanos, nunca he encontrado sus iguales y menos aún sus parientes selváticos. El cardenal, que es el término de la Naturaleza, no es más que el principio de Dios... *Condescendemos* a saltar los riscos de la tierra. Sólo los elogian nuestras piernas cansadas. Ese bosque a la orilla del cual revolotea el cardenal no pertenece a la tierra. Yo esperaba una fauna más infinita y variada, pájaros de colores más deslumbrantes, de cantos más celestiales.

Me hago cada día más salvaje, como si comiese carne cruda, y mi domesticidad no es más que el descanso de mi indomabilidad. Sueño con contemplar en otra parte el verano y el invierno con mirada libre, desde la ladera de alguna montaña... Sueño con ser la naturaleza que mira a la Naturaleza con la complaciente simpatía con que el césped de ojos azules de la pradera mira al rostro del firmamento. Una de estas noches subo a la colina para ver ponerse al sol como quien va a su casa por la noche; el bullicio de la aldea ha durado todo el día y me ha dejado completamente atrás; pero yo veo la puesta del sol y hallo que puede esperar mi tardía virtud. Pero olvido que pensáis más en la naturaleza humana que en la Naturaleza que yo elogio. ¿Por qué no creéis que

la mía es más humana que lo que puede ser un solo hombre o una sola mujer? Allí, en esa puesta de sol, se hallan todas las cualidades que pueden adornar a una familia, y a veces, en una hoja volante, se puede oír todo lo que ha predicado vuestro Cristianismo.

En la naturaleza más salvaje no solamente existe el material de la vida más cultivada, y una especie de anticipación del último resultado, sino incluso un refinamiento mayor que el que puede alcanzar el hombre.

En mis horas mejores tengo conciencia del flujo de una sabiduría serena e inquestionable que en cierto modo inhabilita, y si cediese a ella de una manera más constante podría inhabilitarme por completo para lo que se llama el negocio activo de la vida, pues no aporta nada en lo que pueda descansar el ojo de la razón. ¿Qué es esa otra clase de vida que me seduce continuamente, la única que amo? ¿Es una vida para este mundo? ¿Puede alimentarse y vestirse con magnificencia un hombre que no tiene en cuenta constantemente más que la verdad? ¿Si no llama en su ayuda a ninguna maldad? ¿Existen deberes que impiden necesariamente la percepción serena de la verdad? ¿Son nuestros momentos de serenidad simples goces anticipados del cielo — alegrías que se nos conceden gratuitamente como un consuelo— o simplemente una realización pasajera de lo que podría ser todo el tenor de nuestras vidas?

Esta, nuestra respetable vida diaria, en la que el hombre de sentido común, el inglés del mundo, se asienta tan cómodamente y en la que se fundan nuestras instituciones, es en realidad la ilusión más ilusoria y puede desvanecerse como el edificio sin base de una visión; pero esa tenue lucecilla de realidad que a veces ilumina el secreto de la luz del día para todos los hombres, revela algo más sólido y duradero que el diamante, que es en realidad la piedra angular del mundo.

Exteriormente, toda la vida de la tierra se manifiesta en el animal o el vegetal; si hacéis en él un corte profundo encontraréis que es vital; en las mismas arenas encontraréis una anticipación de la hoja vegetal. No es de admirar, pues, que las plantas nazcan y se desarrollen en ella. Los átomos han aprendido ya la ley. Dejad que ascienda por ella la savia vegetal y tendréis una hoja vegetal. No es de admirar que la tierra se exprese a sí misma exteriormente por medio de hojas que laboran la idea interiormente. La hoja que cuelga ve en ello su prototipo. La tierra está llena de ley.

B. La forma en la naturaleza

La Naturaleza soporta la inspección más atenta. Nos invita a poner nuestros ojos al nivel de la hoja más pequeña y a tomar un insecto para examinarlo. Una extensión de agua revela el espíritu que existe en el aire. Posee nueva vida y movimiento. Es intermediaria entre la tierra y el cielo. En la tierra, solamente la hierba y los árboles ondulan, pero la misma agua es *ondulada* por el viento. Veo a la brisa lanzarse sobre ella en regueros y escamas de luz... Podemos mirar a la superficie del aire próximo e indicar por dónde pasa en él un espíritu aún más sutil. El agua y la arena asumen esa misma forma bajo la influencia del viento. Y yo he visto, en la superficie helada de Walden, grandes líneas arrolladoras, ondulantes, algo como eso. Son las huellas del viento, la impresión que produce en las materias fluidas.

La espuma sucia o pardusca... permanece a veces en una extensión de varios metros completamente inmóvil en la superficie del agua poco profunda sobre el hielo, y adquiere una configuración muy agradable y rica, como la piel de algún animal extraño — ¡cómo abundan estos espectáculos en la Naturaleza! — y algunas de sus partes se parecen mucho a la piel de los conejos, a las extremidades de sus rabos. Una o dos

veces me he detenido para removerla y darle la forma de intestinos que descansan uno sobre otro, o de tripas, o de llamas, etc., con el toque libre y audaz de la Naturaleza. Uno pudiera no creer que las impurezas que colorean así a la espuma pueden ser arregladas en formas tan agradables. Dadle cualquier material y la Naturaleza comenzará a darle formas agradables.

Creía ver muy escasas evidencias de Dios o del hombre y consideraba que la vida no era una empresa tan rica y atractiva como pudiera ser, cuando llamó mi atención un copo de nieve que tenía en la manga de mi chaqueta. Era uno de esos copos de nieve perfectos, cristalinos, en forma de estrella, con seis rayas, como una ancha rueda con seis rayos, solamente que los rayos tenían la forma de pequeños pinos perfectos, alrededor de una lentejuela central. Aquel pequeño objeto que, como muchos de sus semejantes, permanecía sin derretirse en mi chaqueta, tan perfecto y bello, me recordó que la Naturaleza no ha perdido aún su vigor prístino. ¿Por qué, pues, ha de perder su ánimo el hombre?... Lluven y nievan joyas sobre nosotros. Confieso que me hallaba un poco envalentonado, pues comenzaba a creer que la Naturaleza era pobre y mezquina y entonces me convencí de que seguía realizando una obra tan buena como siempre. ¡En qué mundo vivimos! ¿Qué importan las joyerías? Nada hay más hermoso que un copo de nieve y una gota de rocío. Pensamos que el uno se condensa mecánicamente y que la otra fluye continuamente y cae, pero en verdad son el producto de *entusiasmo* hijos del éxtasis, terminados con la habilidad suprema del artista.

C. *Inteligencia y naturaleza*

Nunca podemos cansarnos de la Naturaleza. Necesitamos vivificarnos con la visión de su vigor inagotable, de sus rasgos vastos y titánicos, de las costas marítimas con sus naufragios, del desierto con sus árboles vivos y podridos, las nubes tormentosas y la lluvia que dura tres semanas y hace desbordarse a los ríos. Necesitamos presenciar la transgresión de nuestros propios límites y cierta vida que apacienta libremente donde nunca andamos nosotros... Para mis sentidos, el helecho dicksonia tiene la fragancia más salvaje y primitiva, completamente pura e indomable, como no puede producirla institución humana alguna, la fragancia del amanecer del mundo, antediluviana e infundidora de esperanza. Quienes la huelen nunca pueden desfallecer... La Naturaleza, la misma tierra, es la única panacea.

¡Cuán rápidamente repara la Naturaleza el daño que hace el hombre! Cuando éste ha cortado un árbol y no ha dejado más que un tronco sangrante, la Naturaleza acude inmediatamente para salvarlo con su química y lo cubre decentemente con un nuevo vestido gris, y en el curso del tiempo le agrega un vestido grueso consistente en una copa verde y en líquenes brillantes, y así se convierte en objeto de nuevo interés para el amante de la Naturaleza. ¡Suponed que tuviera que seguir siendo siempre un tronco descamado! Pero, por el contrario, en él se extiende y despliega esa humilde vegetación y olvidamos la muerte de lo mayor en la vida de lo menor.

La tierra que piso no es una masa muerta e inerte. Es un cuerpo, tiene un alma, es orgánica... Son ilimitadas las finas entrañas que nos muestra, montones de hígados, de pulmones, de intestinos. ¿No tenéis intestinos? También la Naturaleza tiene algunos intestinos. Y en esto también es la madre de la humanidad. Cuando se colocan en ella las semillas, éstas germinan; cuando se colocan los huevos de tortuga, éstos empollan en su debido tiempo. Aunque la tortuga madre se quedase allí y los empollase, no dejaría de ser la tortuga universal la que cuidase de ellos por medio de la otra. De este modo la tierra es la madre de todas las criaturas.

La Naturaleza hace todo lo que está de su parte para alimentar al hombre... Tomamos las cosas y las comemos en Su nombre. Es un sacramento, una comunión. Nuestro pan no debe ser ni agrio ni pesado para que podamos digerirlo. Lo que la Naturaleza es para el espíritu lo es también para el cuerpo. Así como alimenta mi imaginación, así alimentará mi cuerpo, pues lo que dice es lo que quiere decir y está dispuesta a hacerlo. No solamente es hermosa para los ojos del poeta. No solamente son hermosos el arco iris y la puesta del sol, pues el estar alimentado y vestido, el tener un techo y poder calentarse debidamente son cosas igualmente hermosas e inspiradoras. No existe necesariamente hecho alguno tan grave y tan feo que no pueda ser desarraigado de la vida del hombre. Debemos esforzarnos prácticamente en nuestras vidas por corregir todos los defectos que descubre nuestra imaginación.

Así como a una madre le gusta ver que su hijo toma el alimento y se desarrolla, así le gusta a Dios ver que sus hijos medran gracias al alimento que él les ha proporcionado... De una manera tan sencilla como el cuervo recoge los gusanos de que ha sembrado los campos el deshielo, los hombres recogen los residuos que quedan en las orillas de los ríos. Y para servir a tales fines los hombres aran y navegan y fabrican la pólvora y las municiones y existe el comerciante para venderles lo que necesitan, aunque haría mucho mejor en considerarse a sí mismo como el diácono de una iglesia... ¿Qué me importa ver galerías llenas de representaciones de los dioses paganos si no puedo ver los naturales y vivientes, creados por un artista infinitamente superior, sin un telescopio?

D. El hombre se relaciona con toda la naturaleza

...hasta que estamos perdidos no comenzamos a darnos cuenta de la extensión infinita de nuestras relaciones. Estamos relacionados con toda la Naturaleza, animada e inanimada, y, en consecuencia, compartimos hasta cierto punto la naturaleza de las criaturas inactivas.

Esta arena me resulta grata para tenderme en ella; sirve para preservar los huesos de una raza durante millares de años. Y ésta es mi patria, mi tierra natal... De ti, oh tierra, están hechos mis huesos y mis nervios; soy tu hermano, oh sol... Mi cuerpo volverá alegremente a este polvo como a su origen. Aquí tengo mi morada. Te pertenezco.

Dios no hizo este mundo en broma; no, no lo hizo con indiferencia. Todos esos gorriones emigrantes llevan mensajes que se refieren a mi vida. No arranco los frutos en sazón. Amo a los pájaros y a los animales porque son mitológicamente serios. Veo que el gorrión pía y revolotea y canta de acuerdo con el gran designio de la Naturaleza; que el hombre no se comunica con Él, que no comprende su lenguajes, porque no es uno con la Naturaleza. Me reprocho a mí mismo porque he mirado con indiferencia el paso de los pájaros; he creído que no eran mejores que yo.

No puedo dejar de ver aun con los ojos de mi mente los pequeños sargos rayados posados en el agua glauca de Walden. En lo que respecta a esos sargos yo no puedo ir un milímetro más allá de la simple declaración de que existen, de la afirmación del milagro de su existencia como contemporáneos y vecinos míos y, no obstante, tan diferentes de mí. Lo único que puedo hacer es ponerme a meditar a su lado y tratar de pensar como un sargo durante un instante. Únicamente puedo meditar en las alhajas preciosas, en la música, en la poesía, en la belleza y en el misterio de la vida. Únicamente veo al sargo en su órbita, como veo una estrella, pero no me preocupo de medir su distancia o peso. El sargo, estimado, flota en la laguna como el centro del

sistema, como otra imagen de Dios. Ningún hombre puede explicar la vida del sargo mejor que su propia vida... Tengo en Walden un contemporáneo. Tiene aletas donde yo tengo piernas y brazos. Tengo un amigo entre los peces, por lo menos un nuevo conocido. Confío en que me interesará su carácter, y no sus escamas o su anatomía. No lo necesito para comer. Es como si un poeta o un anacoreta hubiera entrado en la ciudad y yo le pudiera ver de vez en cuando y pensar en él con frecuencia.

Debéis ascender a una montaña para conocer vuestra relación con la materia y en consecuencia con vuestro propio cuerpo, pues *él* está allí en su casa, aunque *vosotros* no lo estáis. Puede haber sido compuesto allí y quizá más tarde no vuelva allí al polvo de que procede, sino en vuestro jardín; pero vuestro espíritu se va inevitablemente y lleva con él a vuestro cuerpo, si éste vive.

¡Ved cómo puedo jugar con mis dedos! Son los compañeros más divertidos que he encontrado nunca. ¿De dónde proceden? ¿Qué extraño dominio tengo sobre ellos? ¿Quién soy yo? ¿Qué son ellos, esas pequeñas cimas a las que llamamos Madison, Jefferson, Lafayette? ¿De qué se trata? ¿De *mis* dedos? Porque, antes de pase mucho tiempo, pueden formar el cristal de la cumbre del Mount Washington. Subo allá para ver a los primos de mi cuerpo. Hay allí algunos dedos de manos y pies, algunas entrañas, etc., por los que me intereso y por lo tanto, me intereso por todas sus relaciones.

Las estaciones y todos sus cambios están en mí. No veo un anguila muerta o una culebra que flota o una gaviota, sino que ellas rodean a mi vida y son como un verso o un acento en su poema. Casi llego a creer que el Concord no crecería ni desbordaría sus orillas nuevamente si yo no estuviese aquí. Al cabo de un rato llego a enterarme de lo que son mis estados de ánimo y las estaciones. Quisiera que no se quitara nada. No puedo imaginar que se añada nada. Mis estados de ánimo son hasta ese punto periódicos, en mi año no hay dos días iguales. ¡Es la perfecta correspondencia de la Naturaleza con el hombre para que él se encuentre en ella como en su casa!

Esta tierra que se extiende como un mapa a mi alrededor no es más que el forro al descubierto de mi alma íntima. En mí está el mamón que veo. Ningún objeto completamente extraño puede obligarme a reconocerlo. Soy culpable de todos los mamones.

El mismo Dios culmina en el momento presente y nunca será más divino en el transcurso de las edades. Y estamos capacitados para comprender absolutamente lo que es sublime y noble con sólo inspirarnos y empaparnos constantemente en la realidad que nos rodea. El universo responde constante y obedientemente a nuestras concepciones; ya viajemos de prisa o lentamente, nos ha sido señalada la ruta. Vivamos nuestras vidas concibiéndolas. Cada una de las plantas o de las malezas más humildes... está ahí para expresar alguno de nuestros pensamientos o estados de ánimo, y, no obstante, ¡cuánto tiempo permanecen ahí en vano!

Somos una virtud, una verdad, una belleza. Toda la Naturaleza es nuestro satélite, cuya luz es apagada y refleja. Nos es subalterna, es un episodio de nuestro poema. Nosotros somos primarios y radíamos luz y calor al sistema.

E. Tiempo

El tiempo no es más que la corriente en que voy a pescar. Bebo en ella, pero mientras bebo veo el fondo arenoso y descubro cuán profundo es. Su ligera corriente se desliza

y se aleja, pero la eternidad permanece. Quisiera beber más hondo; quisiera pescar en el firmamento, cuyo fondo está sembrado de estrellas.

Asimismo, los ríos parecen haber vuelto a recorrer su camino y haberse agotado en las vegas que ellos mismos han creado, y entonces se hacen más serpeantes que nunca. Así, en el curso de las edades, los ríos corren por sus lechos, hasta que éstos se sienten cómodos bajo ellos. El tiempo tiene poco valor y es más bien insignificante. Es lo mismo que se trate de un río que se modifica totalmente en un periodo geológico o de una anguila que pasa serpeando en un instante.

¿Es joven el bebé? Cuando le contemplamos parece más venerable que el hombre más anciano... y tiene las arrugas del mismo padre Saturno... La tierra está cubierta de mantillo. Hundo este palo en su superficie en una profundidad de muchas capas geológicas y abro en ella un surco mucho más profundo que el que han abierto en ella los elementos durante millares de años. Si escucho, oigo el croar de las ranas, que es más antiguo que el limo del Egipto, y el tamborileo distante de una perdiz en un tronco, como si fuera el latido del pulso del aire estival... Lo más nuevo no es más que lo más viejo hecho visible para nuestros sentidos.

H. D. Thoreau, *El pensamiento vivo de Thoreau*,
Buenos Aires, Edit. Losada, 1944.

¿PARAISO PERDIDO?

Lin Yutang

Es curioso que entre las mil creaciones del planeta, mientras toda la vida vegetal se ve impedida de tomar una actitud hacia la Naturaleza y prácticamente todos los animales se encuentran también vedados de tener una "actitud", por así decirlo, hay una criatura llamada hombre que tiene a la vez conciencia de sí mismo y conciencia de lo que le rodea y que, por lo tanto, puede adoptar una actitud hacia ello. La inteligencia del hombre empieza por interrogar al universo, explorar sus secretos y encontrar su significado. Hay una actitud científica y otra moral hacia el universo. El hombre científico se interesa por encontrar la composición química del interior y de la costra de la tierra en que vive, el espesor de la atmosfera que la rodea, la cantidad y la naturaleza de los rayos cósmicos que andan disparados por las capas superiores de la atmósfera, la formación de sus montañas y sus rocas, y la ley que rige la vida en general. Este interés científico tiene una relación con la actitud moral, pero en sí mismo no es más que el deseo de conocer y explorar. La actitud moral, en cambio, varía mucho, pues a veces es de armonía con la naturaleza, a veces de conquista y sojuzgamiento, o de dominio y utilización, y a veces de altanero desdén. Esta última actitud de altanero desdén hacia nuestro planeta es un producto muy curioso de la civilización y de ciertas religiones en particular. Nace de la ficción del "Paraíso Perdido" que, extraña decirlo, se acepta generalmente hoy como cierta, como resultado de una primitiva tradición religiosa.

Es asombroso que nadie ponga en duda jamás la verdad del relato sobre un Paraíso perdido. Después de todo, ¿cómo era de hermoso el Jardín del Edén, y cómo es de feo el actual universo físico? ¿Han cesado de florecer las plantas desde que pecaron Eva y Adán? ¿Ha maldecido Dios al manzano y le ha prohibido que tenga frutos porque